

EL ORDEN MUNDIAL DE BAHÁ'U'LLÁH: UNA APROXIMACIÓN A SU PROPUESTA DE TRANSFORMACIÓN SOCIAL DESDE LAS CIENCIAS ECLESIASTICAS

SERGIO GARCÍA MAGARIÑO
Comunidad bahá'í de España

RESUMEN

En este artículo se analizará la visión y concepción de transformación social planteada por Bahá'u'lláh, desarrollada por 'Abdu'l-Bahá y Shoghi Effendi, y en proceso de implementación por parte de la comunidad mundial bahá'í bajo la tutela de la Casa Universal de Justicia, el consejo de gobierno internacional de esta religión. Esta concepción está anclada en una interpretación singular de la historia así como en ciertos principios programáticos que plantean el desenvolvimiento progresivo de un modelo alternativo de organización social. El análisis se efectuará principalmente desde la óptica de los escritos autoritativos de la Fe bahá'í: los del Báb, Bahá'u'lláh, 'Abdu'l-Bahá, Shoghi Effendi y las declaraciones de la Casa Universal de Justicia.

Palabras clave: Religión, orden social, Fe bahá'í, Bahá'u'lláh, cambio social, filosofía de la historia.

ABSTRACT

This paper explores the vision and conception of social transformation posed by Bahá'u'lláh, and clarified by 'Abdu'l-Bahá and Shoghi Effendi, which the Baha'i world community is trying to realize under the guidance of the Universal House of Justice, the international governing body of this religion. This conception is underpinned by a particular interpretation of history as well as by certain programmatic tenets that expect to progressively deploy an alternative pattern of social organization. This study will be approached under the light of the authoritative writings of the Baha'i Faith, which are

the writings of the Bab, of Bahá'u'lláh, of 'Abdu'l-Bahá, of Shoghi Effendi and the statements of the Universal House of Justice.

Keywords: Religion, social order, Baha'i Faith, Bahá'u'lláh, social change, philosophy of history.

I. INTRODUCCIÓN

Antes de adentrarnos en la visión de transformación social que emana de los textos de Bahá'u'lláh, haremos una breve contextualización atendiendo a tres aspectos: el contexto de expectativa mesiánica del que emerge, la conexión de la Fe bahá'í con otras tradiciones religiosas y la figura profética de Bahá'u'lláh.

El siglo diecinueve fue un periodo de gran efervescencia religiosa. Diferentes movimientos religiosos en distintas partes del mundo clamaban que las promesas contenidas en sus tradiciones acerca del final de los días y de la apertura de una nueva era de paz y de hermandad estaban próximas a hacerse realidad. Los milleritas de EEUU –quienes esperaban la venida de Jesús en las montañas– y los Caballeros del Temple alemanes –quienes se trasladaron hasta Haifa para fundar una comunidad religiosa que reflejara los ideales cristianos y que atrajera al Señor de las Huestes prometido en la Biblia– son dos ejemplos conocidos para el público occidental. Dentro del islam chiíta, no obstante, también brotaron movimientos mesiánicos, siendo el más significativo el shaijismo de Persia que, a la luz de su fundador Shayk Ahmad y de su sucesor Siyyid Kazim, preparaba a un gran número de discípulos para la aparición del Mehdí prometido.

Siyyid Alí Muhammad, quien adoptó el título del Báb –la Puerta– proclamó en 1844, en Shiraz, ser ese gran personaje histórico. Fundó una religión, con un libro sagrado propio, cuyo propósito fundamental era pavimentar el terreno para la llegada del Prometido de todos los tiempos y de todas las tradiciones religiosas, en las propias palabras del Báb: “Aquel a Quien Dios manifestará”. La fe del Báb –quien reclamaba ser un mensajero de Dios con la misma autoridad espiritual que Muhammad, Jesús o Buda– se expandió como un reguero de pólvora por todo Persia en apenas seis años, produciendo cierto desequilibrio en el orden eclesiástico y político, ya que muchos le atribuyeron erróneamente la aspiración de querer derrocar al gobierno, pero fue por sus demandas religiosas por lo que fue ejecutado públicamente en 1850.

Uno de sus seguidores, Mirza Husayn Alí, quien posteriormente adoptaría el título de Bahá'u'lláh (la Gloria de Dios), asumió el liderazgo del movimiento y, en 1863, estando desterrado en Bagdad, anunció que él era “Aquel a Quien Dios manifestará”, el Prometido por el Báb y el anunciado en las grandes tradiciones religiosas del mundo.

Así pues, la Fe bahá'í, aunque originaria de Irán, tiene aspiraciones universales desde su incepción. En palabras de Shoghi Effendi, la cabeza visible de la comunidad bahá'í y el intérprete autorizado desde 1921 hasta 1957 –conocido también como el Guardián–, dijo sobre esta religión intentando extraer su esencia: “La Fe bahá'í es una religión nueva, independiente y universal, fundada en Persia en el siglo pasado por Bahá'u'lláh (la Gloria de Dios), que cumple las promesas de las religiones del pasado y cuya meta es la unificación de toda la humanidad”¹.

En este sentido, Bahá'u'lláh concebía la religión como un sistema de conocimiento y práctica que se renovaba cada 500 o mil años a través de la aparición en la tierra de una Manifestación de Dios. Él mismo proclamaba ser una Manifestación de Dios que vendría a dar impulso a un proceso civilizador de la humanidad que no tiene ni principio ni fin. Cada uno de estos Personajes proféticos –Krishna, Abraham, Moisés, Zoroastro, Buda, Jesús, Muhammad– aparecieron en una época y un lugar específicos, pero cumplían el mismo propósito de educar a la humanidad. Bahá'u'lláh, al aseverar que personifica el cumplimiento de todas esas tradiciones que hacen referencia al final de los tiempos y a la inauguración de una nueva era de paz y de justicia, entronca con todos los grandes subsistemas religiosos del mundo. En otras palabras y sin ser exhaustivo, para los budistas que aceptan Su revelación, representa el quinto Buda, el esperado Buda Maitreya de la paz; para los cristianos, el retorno de Jesús en la Gloria del Padre; para los judíos, el Señor de las Huestes; y para los musulmanes chiitas el prometido Qaim.

Por último, en esta contextualización introductoria señalaremos que Mirzá Husayn Alí (Bahá'u'lláh) nació en 1817, en Nur, cerca de Teherán, y era hijo de Mirzá Buzurg, un noble persa perteneciente al círculo de la aristocracia. Sin embargo, Bahá'u'lláh renunció a sus privilegios para asumir el llamamiento que, tal como señalaba repetidamente, Dios le había hecho. A partir de entonces, sufrió torturas, persecuciones, exilios –Bagdad, Constantinopla, Adrianópolis, Akká– y encarcelamientos, tanto en Persia como en territorio otomano. A pesar de ello, su influencia crecía enormemente y no dejó de escribir cartas, tablas y tratados, considerados por Sus seguidores palabra sagrada revelada, en los que abordaba todas las cuestiones fundamentales de la vida individual y colectiva, siempre integrando aspectos espirituales y materiales de la existencia. Finalmente murió en San Juan de Acre –Akká–, como prisionero del imperio otomano, y hoy alrededor de su lugar de reposo, así como del de Su Precursor –el Báb– en Haifa, se ha erigido el Centro Mundial Bahá'í, desde donde se coordinan

1 S. EFFENDI, *La Meta de un Nuevo Orden Mundial*, Terrassa, Editorial Bahá'í de España, 1996, 8.

las actividades de una comunidad mundial de siete millones de personas que, esparcidas por todo el mundo, supone un microcosmos de la infinita diversidad de la especie humana.

A continuación se expondrán los rasgos esenciales de la singular concepción de cambio social que brota de los Escritos de tan extraordinario personaje.

II. CUESTIONAMIENTO RADICAL DEL ORDEN ACTUAL

En los escritos de Bahá'u'lláh se hace referencia constante a diferentes aspectos relacionados con la organización social. De forma recurrente se alude a conceptos tales como “la civilización”, “la realidad social” o “el orden social”. Estas grandes categorías indican que Bahá'u'lláh no está hablando simplemente de una renovación espiritual que atañe al comportamiento individual, sino a una gran ruptura civilizatoria que implica, por lo menos, una nueva cosmovisión, una nueva cultura, unos nuevos acuerdos intersubjetivos, nuevas concepciones, un nuevo tipo de relaciones entre los individuos, los individuos y las instituciones, entre las instituciones, entre la comunidad y el individuo, y entre el hombre y la naturaleza, nuevas formas de organización económica y política, nuevos sistemas educativos y científicos y nuevas formas de expresión artística. En otras palabras, parece que está hablando de un nuevo ciclo histórico que implica una profunda transformación tanto de los individuos como de las comunidades y las instituciones, y de las relaciones entre todos ellos.

Al describir la situación del orden actual, no deja ambigüedades: es defectuoso y no tiene posibilidad de arreglo; ha de ser reemplazado.

El orden prevaleciente resulta ser deplorablemente defectuoso (...)².

Pronto el orden actual será enrollado y uno nuevo desplegado en su lugar³.

Los vientos de la desesperación, lamentablemente, soplan desde todas direcciones y la contienda que divide y aflige a la raza humana crece día a día. Los signos de convulsiones y caos inminentes pueden discernirse ahora, por cuanto el orden prevaleciente resulta ser deplorablemente defectuoso⁴.

En este sentido, y a pesar de que se prevé el surgimiento de una civilización mundial, justa, unificada y pacífica, Bahá'u'lláh plantea que esta civilización no será el resultado de pequeños ajustes al orden establecido, ni de la extensión de

2 S. EFFENDI, *El Orden Mundial de Bahá'u'lláh*, Terrassa, Editorial Bahá'í de España, 2014, 287.

3 BAHÁ'U'LLÁH, *Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh*, Terrassa, Editorial Bahá'í de España, 2005, Pasaje IV.

4 *Ib.*, Pasaje CX.

la democracia liberal, ni del mero cambio de las personas, ni de la diseminación global de un sentimiento espiritual.

La humanidad, ya sea considerada a la luz de la conducta individual del hombre o de las relaciones existentes entre comunidades organizadas y naciones, lamentablemente se ha desviado muchísimo y ha sufrido una declinación demasiado grande como para ser redimida mediante los esfuerzos aislados de sus mejores gobernantes y estadistas por muy desinteresados que sean sus motivos, por muy coordinada que sea su acción, por muy fervorosos que sean su celo y devoción a su causa. Ningún esquema que todavía puedan diseñar los cálculos de los mayores estadistas; ninguna doctrina que se propongan desarrollar los más distinguidos exponentes de la teoría económica; ningún principio que puedan esforzarse por inculcar los más fervientes moralistas suministrarán en última instancia los cimientos adecuados sobre los que ha de erigirse el futuro de un mundo aturdido.

Ninguna apelación a la tolerancia mutua que puedan hacer los que entienden la condición del mundo, no importa lo apremiante e insistente que sea, podrá calmar las pasiones o contribuir a restaurar su vigor. Ni tampoco ningún esquema general de mera cooperación internacional organizada en cualquier sector de la actividad humana y por muy ingeniosa que sea su concepción o muy amplio su alcance, logrará erradicar la causa primera del mal que ha perturbado tan bruscamente el equilibrio de la sociedad actual. Ni siquiera, me atrevo a afirmar, la acción misma de inventar el mecanismo requerido para la unificación política y económica del mundo principio sostenido cada vez más en los últimos tiempos podrá por sí sola proveer el antídoto contra el veneno que progresivamente va minando el vigor de los pueblos y naciones organizadas⁵.

Esas declaraciones no son, en realidad, manifestaciones pesimistas con respecto al futuro de la humanidad. Todo lo contrario. Lo que pretenden es ilustrar la magnitud de la transformación que ha de acontecer como resultado de los esfuerzos concertados de toda la familia humana por traducir a la realidad la visión de Bahá'u'lláh para el mundo. Los escritos de Bahá'u'lláh, vistos en su contexto más amplio, iluminan un sendero de posibilidades inusitadas para la raza humana, apelando a la evolución tanto de los individuos como de la organización social. Para terminar esta sección mostraremos unos pocos pasajes que muestran ese horizonte de posibilidades que vislumbran los escritos de Bahá'u'lláh, así como los de su intérprete autorizado Shoghi Effendi.

La Revelación de Bahá'u'lláh, cuya misión suprema no es otra que el logro de esta unidad orgánica y espiritual del cuerpo entero de naciones, debería ser considerada, si hubiéramos de ser fieles a sus implicaciones, como la señal de

5 S. EFFENDI, *La Meta de un Nuevo Orden Mundial*, Terassa, Editorial Bahá'í de España, 1996, 15.

advenimiento de la madurez de la raza humana. No debería ser tomada como si fuera meramente tan sólo otro renacimiento espiritual dentro de la siempre cambiante suerte de la humanidad, ni sólo como una etapa más de la cadena de Revelaciones progresivas, ni tampoco como la culminación de una serie de ciclos proféticos recurrentes, sino como la señal de la última y más elevada etapa en la estupenda evolución de la vida colectiva del hombre sobre este planeta. El surgimiento de una comunidad mundial, la conciencia de una ciudadanía mundial, el establecimiento de una civilización y una cultura mundial –todo ello sincronizado con las etapas iniciales del desenvolvimiento de la Edad de Oro de la Era Bahá'í– deberían ser considerados, por su propia naturaleza y en lo que a esta vida planetaria se refiere, como los límites últimos en la organización de la sociedad humana, aunque el hombre, como individuo y, es más, como resultado de tal consumación, deberá continuar indefinidamente su progreso y desarrollo.

Aquel místico, todo penetrante, pero indefinible cambio, el cual nosotros asociamos con la etapa de maduración inevitable en la vida del individuo y el desarrollo del fruto, debe, si comprendemos correctamente las expresiones de Bahá'u'lláh, tener su contraparte en la evolución de la organización de la sociedad humana. Una etapa similar, más tarde o más temprano, debería ser alcanzada en la vida colectiva de la humanidad, produciendo un fenómeno aún más sorprendente en las relaciones internacionales y dotando a toda la raza humana de grandes capacidades de bienestar que proporcionarán, en edades sucesivas, el principal estímulo que se requiere para el consiguiente cumplimiento de su alto destino. Tal etapa de madurez en el proceso del gobierno humano debe, si es que reconocemos fielmente el grandioso anuncio hecho por Bahá'u'lláh, quedar identificada para siempre con la revelación de la que Él es el Portador⁶.

III. UNA INTERPRETACIÓN PARTICULAR DE LA HISTORIA

Los escritos bahá'ís contienen una visión singular del pasado, del momento histórico presente y del futuro. Tras la segunda mitad del siglo XX, algunos autores mencionaban que estábamos presenciando el fin de los metarrelatos y adentrándonos en una época posmoderna. Sin embargo, todo movimiento serio que haya aspirado a cambiar el mundo ha tenido una interpretación particular de la historia. Esto dota a las acciones de mayor coherencia, significado y sentido de misión, y genera una motivación mucho más elevada. A continuación se expondrán algunos de los rasgos esenciales de la perspectiva bahá'í de la historia.

6 S. EFFENDI, *El Desenvolvimiento de la Civilización Mundial*, Argentina, Ebila, 1989, 2.

En primer lugar, la historia de la humanidad se concibe en términos de evolución hacia unidades de organización social más amplias. La familia, el clan, la tribu, la ciudad estado y el estado nación vendrían a representar niveles de organización social progresivamente más complejos. En esta época, el desafío consistiría en dar el siguiente paso lógico en el proceso de evolución social para poder establecer la unidad de la humanidad. En todo este proceso, la religión ha tenido un impulso fundamental. En este mismo sentido, las fuerzas liberadas por la aparición y las enseñanzas de Krishna, Abraham, Moisés, Buda, Zoroastro, Jesucristo y Muhammad, por mencionar algunos, habrían contribuido a este proceso de ampliación de los círculos de lealtad y solidaridad humana. La figura de Bahá'u'lláh, por tanto, estaría destinada a contribuir al establecimiento del siguiente estadio –la unidad de la humanidad– en la evolución social la especie humana. Este es el sello distintivo de su misión.

En segundo lugar, los escritos bahá'ís indican la existencia de un propósito subyacente tanto a la evolución individual como social. En cuanto la evolución individual, se plantea que la evolución biológica desde organismos más sencillos hacia organismos más complejos contenía de forma latente un fruto: la aparición del alma racional. Al igual que la semilla del árbol contiene potencialmente el fruto, la semilla del universo que conocemos contenía desde el inicio el fruto del alma racional. Habrían de transcurrir cientos de miles de millones de años para que las condiciones físicas permitieran la manifestación del alma racional a través del cerebro del homo sapiens. En ese momento, además, se daría inicio a la evolución espiritual del hombre. Del mismo modo, el proceso de evolución social desde unidades más simples –la familia, la tribu– hacia unidades más complejas –la ciudad estado, el estado nación, la unidad de la humanidad– tendría como propósito permitir que se generen las condiciones para la manifestación de una civilización divina que equilibre los aspectos materiales y espirituales de la existencia.

En tercer lugar, Bahá'u'lláh utiliza la analogía de la evolución de un ser humano desde su niñez hasta su edad adulta para explicar los cambios que están ocurriendo actualmente en el mundo. En particular, se refiere a esta época como a la adolescencia de la humanidad cuando el cuerpo –la ciencia, la tecnología, los inventos– es fuerte y ha adquirido proporciones significativas, pero las facultades mentales todavía no han logrado canalizar esos nuevos poderes. La imposibilidad de erradicar la pobreza a pesar de tener la capacidad de producción para abastecer a toda la humanidad, el excesivo ejercicio de la competición en las relaciones sociales o la dificultad por establecer mecanismos internacionales que regulen efectivamente todos los procesos que ya se han globalizado serían ejemplos de esta descompensación.

Por último, al analizar las fuerzas que operan en el mundo, los escritos bahá'ís mencionan dos procesos paralelos que estarían forzando a la humanidad a establecer un nuevo orden mundial pacífico, que respete las autonomías nacionales, donde el principio de soberanía se subordine al bien colectivo, que reemplace la competición por la cooperación y la reciprocidad, que se articule alrededor de la justicia social y que tenga en cuenta las aspiraciones de la mayoría de los pueblos del mundo. Uno de esos dos procesos sería de naturaleza desintegradora y estaría barriendo los obstáculos para avanzar hacia dicho orden mundial. Los signos de ese proceso se observan por doquier: la desintegración de los lazos familiares, políticos y religiosos, la crisis del estado-nación, los problemas económicos mundiales, el calentamiento global, la violencia transnacional, la pobreza estructural, las enfermedades infecciosas que traspasan las fronteras, etc. El segundo tipo de fuerzas estarían relacionadas con un proceso de integración que propulsa a la humanidad hacia esa etapa superior de evolución social. Durante los últimos 150 años se pueden observar múltiples fenómenos conectados con este proceso: los movimientos por los derechos humanos, por la paz, por la emancipación de la mujer y por el sufragio universal; la conciencia ecológica; el surgimiento de organismos internacionales; la universalización de la educación; la extensión de cierto sentimiento de solidaridad internacional; la proliferación de organizaciones no gubernamentales que trabajan por erradicar la pobreza; los avances científicos y tecnológicos; etc. Así, estos dos procesos estarían contribuyendo de forma diferente, tal como ya se ha señalado, al surgimiento de dicho nuevo orden mundial.

Teniendo en cuenta esta perspectiva, Bahá'u'lláh plantea que la labor de la humanidad no consistiría en esperar pasivamente a que de forma mágica apareciera una nueva realidad social cristalizando los ideales señalados, sino en trabajar denodadamente por hacer realidad esas potencialidades latentes que están a disposición de la especie en esta época. Lograr establecer tal orden mundial, por tanto, depende en gran medida de los esfuerzos concertados de grupos crecientes de personas por hacer avanzar el proceso de integración.

Antes de pasar a la siguiente sección, quizá sea oportuna una sucinta observación acerca del uso que Bahá'u'lláh hace del concepto “nuevo orden mundial”. Se atribuye esta expresión al presidente Woodrow Wilson, quien la acuñó para referirse a una nueva forma de organizar las relaciones internacionales basada en la cooperación y la seguridad colectiva. En sus catorce puntos para constituir la Sociedad de Naciones –precursora de la ONU– hace referencia a este nuevo orden mundial. Debido a su fracaso, tras la segunda guerra mundial se comenzó a mirar con suspicacia a este concepto. Posteriormente, Gorbachov y George W. Bush popularizaron la expresión al utilizarla para tratar de definir la naturaleza de la posguerra fría y el espíritu de cooperación que pretendía

establecer entre las grandes potencias. Hoy en día algunos también asocian el concepto con teorías de la conspiración que afirman que hay intentos secretos por crear un gobierno mundial que beneficie a las élites.

Sin embargo, muchos años antes –alrededor de 1873–, siendo prisionero en Akká, Bahá'u'lláh ya había proclamado lo siguiente refiriéndose a su Causa y al efecto que habrá de producir sobre el orden social, en general, y sobre la naturaleza de las relaciones internacionales en particular:

El equilibrio del mundo ha sido trastornado por la vibrante influencia de este más grande, *este nuevo Orden Mundial*. La vida ordenada de la humanidad ha sido revolucionada por medio de este Sistema único y maravilloso, nada semejante al cual jamás han presenciado ojos mortales⁷.

Por ello, conviene intentar comprender la expresión a la luz de los escritos del mismo Bahá'u'lláh, así como de sus intérpretes autorizados –‘Abdu'l-Bahá y Shoghi Effendi– para evitar atribuirle significados que se han incorporado con posterioridad. Shoghi Effendi en particular, entre 1929 y 1936, escribió una serie de cartas a los bahá'ís de Norteamérica, compiladas bajo el título *El Orden Mundial de Bahá'u'lláh*, donde construye sobre lo que Bahá'u'lláh décadas antes había expuesto sobre este tema. Otras dos obras posteriores suyas, *El Advenimiento de la Justicia Divina* (1938) y *El Día Prometido ha llegado* (1941) también elaboran sobre esta cuestión.

IV. CONCEPCIÓN DE LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

La concepción bahá'í de la transformación social está ligada a dos convicciones. La primera se enunció con anterioridad y gira en torno a la idea de que el orden actual está en una condición más allá de un posible arreglo. Se necesitan cambios fundamentales en todo aspecto de la vida humana: en la vida del individuo; en las relaciones entre los individuos, las comunidades y las naciones; y en la estructura económica, social y política del mundo. Este cambio no ocurrirá gracias al triunfo de alguna ideología actual sobre otra, sino mediante el establecimiento de nuevas estructuras –mentales y sociales– cuyas premisas básicas serán diferentes de lo que existe o de lo que se propone hoy en día. Esto no significa que se abogue por la destrucción sino que se plantea una reconstrucción.

La segunda convicción está ligada al reconocimiento del potencial ilimitado del ser humano. Los escritos bahá'ís plantean que los seres humanos tienen

⁷ BAHÁ'U'LLÁH, *El Kitab 'i'Aqdas*, Terrassa, Editorial Bahá'í de España, 2009 (segunda edición), 83.

una doble naturaleza: una superior y otra inferior. La inferior es compartida con los animales y supone el resultado de un largo proceso de evolución biológica. Está caracterizada por impulsos tales como el miedo, la agresividad, la competición o el egoísmo, impulsos que fueron necesarios en el proceso de lucha por la supervivencia. La naturaleza superior del ser humano vendría a ser el alma racional o el espíritu humano que posee la potencialidad de reflejar los atributos de Dios, tales como la sabiduría, la nobleza, la compasión, el altruismo, la generosidad o la creatividad. Uno de los propósitos de la educación consistiría en fortalecer la naturaleza superior del hombre para poder canalizar los impulsos animales de manera apropiada.

En las últimas décadas, ha habido dos ideologías aparentemente contrapuestas pero que en esencia pretendían por igual explotar los impulsos de la naturaleza inferior para el supuesto bienestar colectivo. Una de ellas aspira a canalizar los impulsos egoístas hacia el bien colectivo por medio de las leyes perfectas del mercado; y la otra proponía una lucha para imponer desde el aparato del Estado el bien común. Es por ello que los escritos bahá'ís plantean la necesidad de una nueva ética y de nuevas virtudes individuales y colectivas.

Tras estos planteamientos preliminares, se puede aseverar que la concepción bahá'í de transformación social aboga por un cambio profundo en tres niveles: en el de los individuos, en el de las comunidades y en el de las instituciones. Este enfoque trasciende tanto los movimientos individualistas como los colectivistas que buscaban, en el primer caso, transformar la sociedad centrándose en el cambio de los individuos –ya sea para convertirlos en actores económicamente racionales o ejemplos de las virtudes de una u otra religión–, y en el segundo, construir un nuevo mundo reemplazando las estructuras del poder –pasando en muchos casos por encima de las personas, quienes debían sacrificarse por el bien común. Aunque los individuos cambien, si las leyes y las estructuras sociales no cambian, no se puede producir una transformación duradera. Del mismo modo, si sólo cambian las leyes y las estructuras, pero los individuos se mantienen igual, la transformación sólo será aparente y la nueva sociedad estará asentada sobre arenas movedizas.

Desde la perspectiva bahá'í, por lo tanto, la transformación social ha de basarse en un proceso de creación de capacidad en los individuos, las comunidades y las instituciones para avanzar hacia el Orden Mundial previsto por Bahá'u'lláh partiendo desde las bases. La economía, la educación, la ciencia, la tecnología, las artes, el gobierno, son diferentes áreas de acción que se van abordando progresivamente a medida que se incrementa la capacidad de los tres actores señalados. Además, las relaciones entre los tres también han de ser reconfiguradas a la luz de la analogía del cuerpo humano. Bahá'u'lláh, en una carta a la Reina Victoria de Inglaterra se refería a la sociedad como un cuerpo social orgánico:

¡Oh vosotros, los representantes elegidos del pueblo en todos los países! Reuníos a consultar y ocupaos sólo con lo que beneficie a la humanidad y mejore su condición, ojalá fuerais de los que inquietan con cuidado. Considerad al mundo como el cuerpo humano, que aunque al ser creado es sano y perfecto, ha sufrido, por diversas causas, graves trastornos y enfermedades. Ni un día logró alivio; más bien su dolencia se hizo más severa, puesto que cayó en manos de médicos ignorantes que, dando rienda suelta a sus deseos personales, han errado gravemente. Y si alguna vez, por el cuidado de un médico competente, sanaba un miembro de aquel cuerpo, el resto quedaba enfermo como antes. Así os informa el Omnisciente, el Sapientísimo⁸.

Un último aspecto fundamental de la concepción bahá'í de la transformación social al que esta comunidad ya le está prestando atención, como se verá posteriormente, consiste en la generación de un proceso de aprendizaje colectivo para traducir a la realidad y a la acción las enseñanzas de Bahá'u'lláh y así hacer surgir una nueva realidad social. Para ello, se establecen estructurales locales, regionales e internacionales que puedan guiar este proceso, crear capacidad en los individuos, las comunidades y las instituciones de su zona y, por último, sistematizar los aprendizajes generados en la acción, gracias a los esfuerzos de contingentes crecientes de personas que utilizan el conocimiento científico, el religioso y su propia experiencia como fuentes de conocimiento.

En última instancia, tal como se mencionó antes, se concibe la transformación como un macroproceso –que engloba múltiples subprocesos– de construcción de una nueva civilización al que ha de contribuir toda la humanidad. Este incluye la cultura y los valores, la economía y las finanzas, el sistema educativo, las formas de gobierno, los procesos científicos y la actividad intelectual, las formas de expresión artísticas, los medios de comunicación, la universidad, los templos y un sinfín de áreas que se abordarían progresivamente estableciendo prioridades.

V. PROPUESTA PROGRAMÁTICA

En los escritos fundacionales de la Fe bahá'í existen múltiples referencias a diversos instrumentos, concepciones, principios, sistemas, mecanismos para la toma de decisiones, estructuras, instituciones o leyes, todos encaminados a hacer avanzar la civilización hacia la visión de Bahá'u'lláh de un mundo unido, próspero, justo, sostenible y pacífico. Algunos ejemplos son los múltiples pasajes sobre principios tales como la justicia, la unidad, la reciprocidad o el papel del conocimiento en la vida social; sobre la naturaleza de las instituciones

8 BAHÁ'U'LLÁH, *Pasajes, o. c.*, pasaje CXX.

locales, nacionales e internacionales que deben estructurar el orden social; sobre un mecanismo para la toma de decisiones colectiva que Bahá'u'lláh denomina la consulta; sobre concepciones tales como el poder, el conocimiento, el propósito de la vida, la naturaleza humana, la naturaleza de la sociedad, el papel del trabajo, la excelencia o el papel de la educación; sobre la necesidad de pactos internacionales relacionados con la seguridad colectiva y la reducción del uso de la guerra en las relaciones internacionales; o sobre el orden administrativo por el que los bahá'ís han de regirse y que puede servir de núcleo y modelo para una posible sociedad global futura.

Sin embargo, la comunidad bahá'í, bajo la guía de su cuerpo supremo, la Casa Universal de Justicia, actúa dentro de un marco sistemático, organizado por planes progresivos que construyen sobre los anteriores y que priorizan áreas de acción, de forma que se pueda ir avanzando hacia esa civilización gloriosa que predicen sus escritos sagrados.

Desde otro prisma, en el proceso de desenvolvimiento de la civilización se observan dos actores: la humanidad, dentro de un Plan Mayor de Dios, y la comunidad bahá'í, dentro de un Plan Menor de Dios también. Cada uno tiene un papel específico.

El primer actor, la humanidad, pero especialmente los líderes de la sociedad, tienen una responsabilidad primordial en lograr lo que Bahá'u'lláh denominaba la paz menor. La paz menor viene a ser un proceso de desmilitarización y de armonización de las relaciones internacionales. En cierto modo, la paz menor supone principalmente el establecimiento de mecanismos legales y estructurales que sienten las bases para la paz, aunque también conlleve la expansión de la conciencia de que la guerra, la violencia y el conflicto no son un medio legítimo para resolver los problemas, ya sea entre individuos, comunidades o estados. La paz menor también implica un acuerdo internacional, un pacto de seguridad colectiva que reciba la sanción de todos los países y pueblos, donde los Estados se comprometan a respetar ciertos límites en sus relaciones, a utilizar los recursos naturales inteligentemente y para el bien común; en definitiva, implica la generación de un marco legal obligatorio y el establecimiento de medidas para asegurar su cumplimiento.

La verdadera civilización desplegará su bandera en el corazón mismo del mundo cuandoquiera que determinado número de sus distinguidos y magnánimos soberanos – ejemplos brillantes de devoción y tesón– se alcen por el bien y la felicidad de toda la humanidad, con voluntad firme y visión clara, a establecer la Causa de la Paz Universal. Deben convertir la Causa de la Paz en el objeto de una consulta general y procurar por todos los medios a su alcance establecer una Unión de las naciones del mundo. Deben concluir un tratado vinculante y establecer un convenio cuyas disposiciones serán sensatas, inviolables y concretas.

Deberán proclamarlo ante todo el mundo y recabar para él la sanción de toda la raza humana. Esta empresa noble y suprema –fuente real de la paz y bienestar de todo el orbe– deberá ser considerada sagrada por cuantos habitan en la tierra. Todas las fuerzas de la humanidad deben movilizarse para asegurar la estabilidad y permanencia de este Más Grande Convenio.

En este pacto exhaustivo deberán ser fijados claramente los límites y fronteras de todas y cada una de las naciones; quedarán definitivamente sentados los principios que subyacen a las relaciones de los gobiernos entre sí; y se reafirmarán todos los acuerdos y obligaciones internacionales. De igual manera, quedará estrictamente limitado el tamaño de los arsenales de cada Gobierno, pues si se consintiera que los preparativos de guerra y las fuerzas militares de cada nación se incrementasen, ello despertaría las sospechas de los demás. El principio fundamental que informa este Pacto solemne debería fijarse de manera tal que, si en adelante un Gobierno violase cualquiera de sus disposiciones, todos los demás gobiernos de la tierra deberían alzarse a reducirlo a la más completa sumisión; más aún, la raza humana en su totalidad debería decidirse, con todo el poder a su disposición, a destruir a ese Gobierno. Si pudiera aplicarse éste el más grande de los remedios al cuerpo enfermo del mundo, seguramente se recobraría de sus males y permanecería eternamente a salvo y seguro.

Obsérvese que, de producirse tan feliz coyuntura, ningún Gobierno necesitaría acopiar de continuo armas de guerra, ni se sentiría obligado a producir nuevas armas con las que conquistar a la raza humana. Una pequeña fuerza destinada a la seguridad interna, a la corrección de los elementos criminales y pendencieros, a la prevención de disturbios locales, eso sería todo lo preciso, y no más. De esta suerte la población entera se vería, primero de todo, liberada del fardo aplastante de los gastos hoy aplicados a destinos militares; y, en segundo lugar, muchísimas personas dejarían de dedicar su tiempo al continuo ingenio de armas de guerra –esos vestigios de la avaricia y sed de sangre, tan incongruentes con el don de la vida– y en lugar de ello empeñarían sus esfuerzos en la producción de cuanto ha de realzar la existencia humana, la paz y el bienestar, y se convertirían en la causa del desarrollo y prosperidad universal. Cada nación de la tierra reinaría entonces con honor, y cada pueblo estaría acunado en la tranquilidad y el contento⁹.

Otros extractos de los escritos bahá'ís describen las etapas que este primer actor, la humanidad, irá atravesando en este camino hacia la paz y la unidad. Sin embargo, estas ideas son suficientes por ahora, por lo que nos adentraremos en el segundo actor, la comunidad bahá'í que está directamente asociada con la misión de Bahá'u'lláh.

Las comunidades bahá'ís del mundo, junto con amigos y vecinos, se esfuerzan mayoritariamente por establecer procesos de desarrollo comunitario en

9 'ABDU'L-BAHÁ, *El Secreto de la Civilización Divina*, Terrassa, Editorial bahá'í de España, 1999, 66-68.

pueblos y barrios de las ciudades. En estos contextos geográficos relativamente pequeños, personas y colectivos de todos los orígenes aprenden a trabajar en equipo para mejorar la vida espiritual, económica y social de su entorno.

Este proceso, al que a veces los bahá'ís se refieren como «construcción de comunidad», se inicia con una serie de actividades de naturaleza educativa que se complementan con otras de carácter espiritual. Sin embargo, por muy sencillo que parezca al principio, lo que pretende es empoderar a grupos crecientes de personas para que emprendan un sendero de transformación colectiva a largo plazo que logre generar barrios, pueblos y ciudades sostenibles en todos los aspectos. En cierta forma, se esfuerzan por construir un modelo de organización social alternativo.

Existen dos rasgos fundamentales que distinguen este proceso. El primero es que en su conjunto genera mayor capacidad para el servicio y la acción colectiva: para emprender actividades educativas que fortalezcan el carácter y las facultades morales y espirituales de los niños; para acompañar a los adolescentes durante un período crítico de la vida a descubrir su verdadera identidad y a canalizar sus energías hacia el servicio y el bien común; para crear espacios de empoderamiento colectivo donde grupos de estudios puedan investigar la realidad y reflexionar juntos acerca de las implicaciones de las enseñanzas espirituales en sus vidas individuales y colectivas y aprendan a llevarlas a la práctica; para conectar con los jóvenes de la sociedad y poner sus talentos al servicio de la transformación social; para iniciar emprendimientos de desarrollo social y económico gradualmente más complejos cuando sea el momento oportuno; para participar en discursos públicos de relevancia para el bienestar colectivo.

El segundo rasgo es que toda esta acción colectiva está imbuida de un fuerte carácter espiritual. Bajo la perspectiva bahá'í, la dimensión espiritual y la actitud de adoración son fundamentales para dar respuesta al anhelo de sentido que yace en el alma humana; suscitan fuerzas muy poderosas que permiten que pequeños grupos logren grandes hazañas; dotan de mayor significado a lo que se hace; y, sobre todo, mantienen siempre en la mente y en el corazón el recuerdo de que Dios está en el centro de todo lo que se hace. La manifestación más visible de esta característica distintiva es la multiplicación de reuniones de oración colectiva como un elemento más del fortalecimiento de la vida comunitaria. Se considera que orar y meditar junto con amigos, vecinos y compañeros de trabajo con los que uno actúa en pos de la transformación colectiva produce unos lazos muy profundos, lazos muy necesarios para sostener el compromiso social a largo plazo.

En España, personas y grupos de todos los orígenes sociales, culturales y religiosos, inspirados por esta visión, están aprendiendo a trabajar en equipo en diferentes niveles geográficos (en barrios, provincias, regiones, en el país) para

aplicar las enseñanzas de Bahá'u'lláh, junto con los métodos de la ciencia, con el fin de avanzar hacia dicho nuevo orden social próspero, que equilibre lo global con lo local y que esté caracterizado por ciertos principios como la unidad y la justicia social. Este proceso no es sencillo y exige mucha acción por parte de contingentes crecientes de personas, así como un enfoque efectivo para generar, sistematizar y difundir el conocimiento que va emergiendo en los distintos niveles. Además, también se requieren planes mundiales y nacionales de acción, para que los esfuerzos sean concertados, coordinados y, por tanto, más efectivos.

Transformar la sociedad y contribuir al avance de la civilización, como ya se ha especificado, implica trabajar en prácticamente todos los ámbitos de la vida social: la economía, la cultura, la política, la ciencia, la tecnología, las artes, la educación, por mencionar algunos. Todos estos aspectos se van abordando progresivamente en el camino de establecer un modelo alternativo de organización social. Sin embargo, como no se puede abordar todo al mismo tiempo, se van priorizando algunas áreas de acción y aprendizaje. A medida que se va aprendiendo, que se va implicando a más personas y que la capacidad aumenta, se introducen nuevas líneas y áreas de acción.

Establecer un patrón de actividad y las estructuras administrativas correspondientes que encarnan el principio de la unidad de la humanidad y las convicciones que lo sustentan es quizá el área de aprendizaje más sobresaliente que encara la comunidad bahá'í de España, al igual que otras comunidades bahá'ís del mundo.

Algunas de esas convicciones relacionadas se presentan aquí a modo de ilustración:

- que el alma racional no tiene género, raza, etnia o clase, lo que hace intolerable cualquier forma de prejuicio, entre los que destacan aquellos que impiden que las mujeres alcancen su potencial y participen en diversos campos de actividad codo con codo junto a los hombres.
- que la causa raíz del prejuicio es la ignorancia, que puede eliminarse a través de procesos educativos que hagan accesible el conocimiento a toda la raza humana, garantizando que no se convierta en propiedad de una minoría privilegiada.
- que la ciencia y la religión son dos sistemas complementarios de conocimiento y práctica, por cuyo medio los seres humanos llegan a comprender el mundo que les rodea y a través de los cuales avanza la civilización.
- que la religión sin la ciencia pronto degenera en superstición y fanatismo, mientras que la ciencia sin religión se convierte en un instrumento de materialismo descarnado.
- que la verdadera prosperidad, fruto de una coherencia dinámica entre las necesidades materiales y espirituales de la vida, se volverá cada vez más

lejana, mientras el consumismo siga actuando como el opio del alma humana.

- que la justicia, como facultad del alma, permite al individuo distinguir lo verdadero de lo falso y guía la investigación de la realidad, tan esencial si han de eliminarse las creencias supersticiosas y tradiciones caducas que impiden la unidad.
- que cuando se ejerce debidamente sobre las cuestiones sociales, la justicia es el instrumento más importante para el establecimiento de la unidad.
- que el trabajo realizado con espíritu de servicio a nuestros semejantes es una forma de oración, un medio de adorar a Dios.

Convertir en realidad ideales como éstos, producir una transformación personal y sentar las bases de estructuras sociales adecuadas no es una tarea fácil, sin lugar a dudas. No obstante, la comunidad bahá'í de España está dedicada al proceso de aprendizaje de largo plazo que esta tarea conlleva, tarea a la que se invita a participar a un número creciente de personas de toda condición y de cualquier grupo humano.

Entre los procesos más sobresalientes sobre los que se está intentando aprender destacan cómo reunir a gente de distintas procedencias en un ambiente que, desprovisto de la constante amenaza de conflictos y destacado por su carácter espiritual, les anime a dejar de lado las costumbres divisivas de una mentalidad partidista, fomente un mayor grado de unidad de pensamiento y acción, y suscite su participación incondicional; cómo administrar los asuntos de una comunidad en la que no hay una clase gobernante con funciones sacerdotales que pueda reclamar distinción o privilegio; cómo hacer posible que contingentes de hombres y mujeres se liberen del cautiverio de la pasividad y de las cadenas de la opresión para participar en actividades que propicien su desarrollo espiritual, social e intelectual; cómo ayudar a los jóvenes a navegar por una etapa crítica de sus vidas y empoderarse para encauzar sus energías hacia el avance de la civilización; cómo crear dinámicas dentro de la unidad familiar que lleven a la prosperidad material y espiritual, sin inculcar en las nuevas generaciones sentimientos de alienación hacia un «otro» ilusorio o alimentar cualquier instinto de explotación de los que han sido relegados a esa categoría; cómo hacer posible que la toma de decisiones se beneficie de una diversidad de perspectivas mediante un proceso consultivo que, si se comprende como investigación colectiva de la realidad, promueve el desapego a los puntos de vista personales, tiene en debida cuenta datos empíricos válidos, no eleva al rango de realidad lo que es una mera opinión, ni define la verdad como un compromiso entre grupos de interés opuestos. Para explorar cuestiones como éstas y muchas otras que ciertamente surgirán, la comunidad bahá'í ha adoptado un modo de funcionamiento

caracterizado por la acción, reflexión, consulta y estudio; un estudio que implica no sólo una constante referencia a los escritos de la Fe sino también un análisis científico de las pautas que van siendo desplegadas. De hecho, cómo mantener este modo de aprendizaje en acción, cómo garantizar que un número creciente de personas participe en la generación y aplicación del conocimiento relevante y cómo diseñar estructuras para la sistematización de una experiencia en expansión a nivel mundial y la distribución equitativa de las lecciones aprendidas son, en sí mismos, objeto de examen periódico.

Todo lo mencionado hasta aquí de la comunidad bahá'í, el segundo actor, tiene que ver con lo que los bahá'ís denominan “crecimiento y desarrollo” de la propia comunidad bahá'í. Sin embargo, existen otros dos ámbitos de actividad en los que la comunidad bahá'í está implicada que se entrelazan más estrechamente con el primer actor: la acción social y la participación en el discurso público.

A medida que la capacidad aumenta y que el modelo de vida comunitaria que se intenta establecer en agrupaciones y barrios se fortalece, la implicación en la vida de la sociedad adquiere nuevas dimensiones. La acción social y la participación en el discurso público, tal como se ha dicho, son dos áreas emergentes y prometedoras que pretenden mejorar la vida intelectual, económica y social del país –en este caso, de España– junto con otros actores sociales.

El nivel de coherencia que ha llegado a caracterizar los esfuerzos de construcción de comunidad descritos anteriormente, también se ha de dar tanto dentro de estas áreas emergentes como entre ellas.

En el contexto del trabajo de construcción de comunidad en barrios y agrupaciones, una vez que los programas educativos de base implementados llegan a un sector significativo de la población y existe la capacidad suficiente, brotan otro tipo de iniciativas enfocadas en mejorar algún aspecto de la vida económica y social de ese colectivo.

La acción social se entiende como un espectro de actividades de diferentes grados de complejidad, que oscilan desde pequeños proyectos de servicio comunitario organizados por grupos de jóvenes bahá'ís y su amigos, hasta grandes programas de desarrollo social y económico emprendidos por organizaciones de inspiración bahá'í. Todas estas iniciativas, sin embargo, comparten un elemento común: buscan aplicar las enseñanzas sociales de Bahá'u'lláh, junto con los métodos de la ciencia, para generar prosperidad y bienestar social.

La comunidad bahá'í, mediante una red de organizaciones dedicadas al desarrollo social y económico, ha ido generando a lo largo de los años un marco conceptual específico para este ámbito, que incluye ciertos elementos clave, tales como los siguientes: la gente es protagonista de su propio proceso de desarrollo; el desarrollo ha de ser abordado en términos de construcción de

capacidad en individuos, comunidades e instituciones para explorar su propio sendero de prosperidad; ha de haber un equilibrio entre la prosperidad material y el progreso social y espiritual; el conocimiento es el eje del desarrollo; las iniciativas deben comenzar siendo sencillas e ir creciendo en complejidad progresivamente a medida que la capacidad aumenta; las diferentes líneas de acción deben realizarse siendo coherentes entre sí dentro de un enfoque integral; debe prestársele atención a la creación de estructuras regionales apropiadas para crear capacidad en una población y para sistematizar el aprendizaje generado acerca de sus procesos de desarrollo; la empresa del desarrollo debe conectar los ámbitos locales, regionales, nacionales e internacional.

Dentro de este marco también han surgido programas sólidos que se están replicando en diferentes lugares del mundo donde existe la capacidad suficiente y las condiciones son idóneas. La mayor parte de estos programas son de carácter educativo, aunque también están emergiendo otras modalidades relacionadas con la banca comunitaria, la productividad agrícola o los medios de comunicación sociales. Todavía queda mucho que hacer y aprender en esta área cuyo protagonista, si es que se aspira a erradicar la pobreza, ha de ser la humanidad entera.

La comunidad bahá'í de España hasta ahora no ha emprendido ninguna línea de acción sistemática en este ámbito, aunque los programas de empoderamiento moral, intelectual y espiritual de base que está aprendiendo a expandir y el modelo de vida comunitaria que se esfuerza por establecer en múltiples localidades del territorio nacional están creando capacidades colectivas que serán fundamentales para cuando las condiciones sean propicias. En algunas localidades y barrios, no obstante, dentro de los procesos de construcción de comunidad y de los programas que los fomentan, están surgiendo iniciativas informales tales como proyectos de limpieza, reciclaje, refuerzo escolar o huertos urbanos. La mayoría de estos proyectos son iniciativas muy sencillas de corta duración, algunas de las cuales se efectúan en colaboración con organizaciones civiles de barrio, asociaciones de vecinos e instituciones públicas locales.

En los próximos años, cuando la capacidad para la acción colectiva se fortalezca y la participación de la población local aumente en agrupación¹⁰ tras

10 Los bahá'ís utilizan el concepto de agrupación para referirse a una unidad administrativa relativamente pequeña que permita descentralizar los procesos de desarrollo comunitario y de toma colectiva de decisiones. Representa un constructo geográfico que aglutina a un conjunto de localidades cercanas entre sí. Estas localidades comparten características culturales y tienen mecanismos de transporte que facilitan la comunicación. En España, algunas agrupaciones se corresponden con una provincia, tal como el caso de Guipúzcoa, Navarra o Sevilla; pero también puede darse el caso de que dentro de una misma provincia, como Madrid, haya dos, tres o cuatro agrupaciones. La tendencia de los últimos años ha sido la de centrar los esfuerzos todavía en unidades más pequeñas, tales como los barrios de las ciudades o algunos pueblos pequeños.

agrupación, este será un ámbito que requerirá mayor atención y aprendizaje sistemático. El propósito a largo plazo en los contextos geográficos donde se desarrollará la acción social será lograr agrupaciones, localidades y barrios autosostenibles. Debido a la prosperidad material que la sociedad española había experimentado desde los años ochenta, no había mucha consciencia de los defectos, la fragilidad y las injusticias relacionadas con el modelo económico imperante. Desde la crisis económica de 2008, sin embargo, cada vez son más los colectivos y ciudadanos que ven con esperanzas las iniciativas de base que buscan encontrar modelos de desarrollo económico y social alternativos, respetuosos con el medio ambiente, sostenibles y estructurados alrededor de los principios de la justicia social y la reciprocidad.

En relación a la participación en el discurso público, viene bien aclarar lo que los bahá'ís entienden por ello. Lo que se piensa y se dice acerca de diferentes temas es parte de la sociedad y afecta profundamente a la manera en que actuamos individual y colectivamente. Las políticas y la opinión pública se nutren de las corrientes de pensamiento que se generan sobre ciertos temas. La comunidad mundial bahá'í –y la de España en particular–, en sus esfuerzos por contribuir al avance social, también ha prestado atención a esta interacción entre el discurso, el pensamiento y la acción. En otras palabras, contribuir a la evolución del pensamiento social y al discurso público en diferentes áreas de relevancia para la paz, la seguridad, la prosperidad y el bienestar del mundo ha sido una preocupación importante y permanente de los bahá'ís desde tiempos de Bahá'u'lláh. En los últimos años en España, además, se han establecido algunos mecanismos para aprender sistemáticamente y contribuir tanto individual como colectivamente a esta esfera de actividad.

La participación en los discursos¹¹ prevaletentes de la sociedad ha adoptado formas diversas, desde miles de conversaciones sencillas y publicaciones en blogs personales acerca de temáticas relevantes, hasta artículos académicos, material bibliográfico o esfuerzos sistemáticos e institucionales por participar en ciertos discursos específicos de ámbito nacional como la gobernanza, los derechos humanos, el papel de la religión en la sociedad o la igualdad entre géneros.

Estas dos esferas de actividad, la acción social y la participación en los discursos, también brotan de los escritos fundacionales de la Fe bahá'í. Los bahá'ís consideran que la acción social aparece de forma embrionaria en pasajes tales como:

11 Por discurso se entiende el conjunto de conversaciones que diferentes actores comprometidos con una práctica mantienen en diferentes espacios sociales, tales como revistas, foros o congresos, con el fin de mejorar esa práctica.

El progreso del mundo, el desarrollo de las naciones, el bienestar de los pueblos y la paz de todos los que habitan en la tierra se hallan entre los principios y ordenanzas de Dios¹².

Dedicad vuestra mente y voluntad a la educación de los pueblos y razas de la tierra, para que quizás sean borradas de su faz las disensiones que la dividen, por la fuerza del Más Grande Nombre, y todos los seres humanos se conviertan en sostenedores de un Orden único y en habitantes de una sola Ciudad¹³.

En cuanto a la participación en el discurso público, también aparecería en estado latente en citas como éstas:

La publicación de pensamientos elevados es el poder dinámico en las arterias de la vida; es el alma misma del mundo. Los pensamientos son un mar sin límites (...) hasta que el mar no se encrespe, no se levantarán las olas para esparcir sus perlas de conocimiento en la playa de la vida.

La opinión pública debe dirigirse hacia todo cuanto sea digno de este día, y ello es imposible si no es mediante el empleo de argumentos adecuados y la presentación de pruebas claras, exhaustivas y concluyentes¹⁴.

VI. CONCLUSIONES

Los escritos de Bahá'u'lláh en particular y los textos autoritativos bahá'ís en general contienen una concepción de la transformación social sin parangón en la historia religiosa, social o política. Cuestionan radicalmente el orden actual, afirmando que es defectuoso y que no tiene posibilidad de arreglo con unos pequeños ajustes en algún aspecto de la organización social. Esta concepción está anclada en una perspectiva novedosa de la historia que considera la unificación del planeta como la siguiente etapa lógica en el proceso de evolución social. La religión, a través de sucesivos Personajes Proféticos que proceden del mismo Dios, sería el motor principal de la historia y el acicate fundamental del avance de la civilización. Desde este ángulo, la transformación social ha de ser el resultado de cambios profundos en el nivel tanto de los individuos como de las estructuras de la sociedad. A este respecto, trasciende todos los movimientos sólidos del pasado que han pretendido cambiar el mundo, ya que o bien atendían simplemente al individuo o exclusivamente a las estructuras de poder. En otras palabras, desde el prisma de los escritos bahá'ís, el individuo, la comunidad y las instituciones vienen a ser los protagonistas principales del

12 BAHÁ'U'LLÁH, *Tablas de Bahá'u'lláh*, Barcelona, Arca Editorial, 2002, 155.

13 BAHÁ'U'LLÁH, *Pasajes*, o. c., 106.

14 'ABDU'L-BAHÁ, *El Secreto de la civilización divina*, o. c., 105, 106.

avance de la civilización y del cambio social. Así, el aprendizaje colectivo y la creación de capacidad para abordar progresivamente las múltiples facetas de la organización económica, social, política y espiritual de la humanidad, serían las claves del progreso. Por último, existe una propuesta programática para dicha transformación, y no simplemente enunciados desiderativos o ideales inspiradores. En dicha propuesta, la humanidad, por un lado, y la comunidad bahá'í, por el otro, tienen misiones paralelas aunque solapadas en algunas áreas. La humanidad, principalmente a través de sus líderes pero también por la ampliación de la conciencia colectiva, tendría que avanzar hacia lo que se denomina “la paz menor”, cuyo colofón lo simbolizaría un gran pacto internacional de seguridad colectiva. Por último, la comunidad bahá'í tendría el cometido de construir un modelo alternativo de organización social basado en los principios de cooperación y reciprocidad, de sostenibilidad, de justicia social y de generación colectiva de conocimiento práctico acerca de la transformación social. Este modelo de organización social equilibra los aspectos espirituales, materiales y prácticos de la vida, y podría servir —especialmente su orden administrativo— de núcleo y modelo para un nuevo orden mundial que refleje los ideales proclamados por Bahá'u'lláh.